

Capítulo 2

Recaudación de Fondos y Nos Fuimos

Sin Fines de Lucro Formado

Mi limitado conocimiento de cómo ser misionero era tener una organización para que la gente pudiera donar dinero; y no tendrías que trabajar y podrías hacer los asuntos del Señor a tiempo completo. El padre de John era abogado y mi hermano era contador certificado, por lo que fundamos una organización cristiana sin fines de lucro con su ayuda.

Nuestro compromiso con el Cuerpo de Paz terminó y volvimos a los Estados Unidos para recaudar nuestro apoyo, con la intención de regresar tan pronto como lo hicimos, para poder comenzar nuestras vidas como misioneros. También aprendimos de algunos misioneros en Guatemala que obtuvieron apoyo visitando congregaciones. Que vayas, compartas tu visión, y luego la congregación tomaría una colección y / o se comprometería a apoyarte regularmente. Cada dos años más o menos, vuelves para contar sobre todas las cosas maravillosas que sucedieron, y se comprometerían a continuar o aumentar su apoyo. Todo el proceso me recordó la emoción que sentí cuando fui a Las Vegas después de la graduación. La anticipación de tal vez llegar a ser rico en cualquier momento dado fue estimulante y motivador.

Después de llegar a casa, envié mi carta de testimonio de una página a al menos doscientas iglesias en mi ciudad, expresando mi deseo de hablar con ellas. Mientras esperaba ansiosamente que todas las invitaciones comenzaran a venir, saqué los golpes de los árboles que atraparon al Opel volador, cambié el empaque de cabezal para que no tuviera agua en mi aceite más e hice algunos avances escasos para obtener los frenos arreglados. Casi tuve algunos accidentes por ellos.

Un mes después, me di cuenta de que el Plan A para la recaudación de fondos no iba a funcionar. No recibí ni una carta ni una llamada telefónica, así que necesitaba un Plan B. Estaba listo para ir, pero solo tenía el dinero suficiente para llegar allí y quedarme un rato.

Recaudación de Fondos, Plan B

Estaba un poco desanimado hasta que recordé que cuando tenía ocho años, mi tío me regaló una pelota de béisbol que había sido autografiada por muchos jugadores famosos, incluidos Mickey Mantle, Whitey Ford y Ted Williams en un Juego de Estrellas que tuvo lugar

en Kansas City, en el verano de 1960. Tal vez podría convertir esa pelota de béisbol en un efectivo muy necesario. Ya había hecho planes para ir a Nueva York a aprender cómo las misiones de rescate estaban alcanzando a la gente de la calle.

Así que en enero de 1987, entré en mi automóvil, me despedí de mi gran familia con la que había compartido a Jesús y me dirigí al Salón de la Fama del béisbol en Cooperstown, Nueva York. Dormí en mi automóvil, comí grandes cantidades de sándwiches de mantequilla de maní y jalea, y fantaseé acerca de los miles de dólares que recibiría por la pelota. En un momento, yo estaba hasta cien mil dólares.

Estoy seguro de que Dios sonreía cuando me estaba deshaciendo de mi último y de lo que consideraba mi posesión más valiosa. Quiero decir que sí le dijo al joven rico: "Vende tus posesiones, dadas a los pobres, y luego ven a seguirme". Después de vivir en un país en desarrollo durante tres años, sabía que la mayoría del mundo me habría considerado súper rico. Estaba seguro de que Dios financiaría mi viaje con mi preciada pelota de béisbol. Mis fantasías se convirtieron en una cruda realidad cuando entré en una tienda que vendía recuerdos de béisbol y supe que la pelota valía quizás cien dólares.

Negando a tomar tan poco por algo tan valioso para mí, decidí donarlo al Salón de la Fama. Hasta el día de hoy, quiero volverme invisible cuando, en compañía de mi familia, aparece el tema del béisbol. Seguramente habría llegado a por lo menos uno de mis mil dólares fantaseados por casi 55 años después de su firma. Probablemente nunca sabré su valor terrenal, pero creo que cuando llegue al cielo y el Señor esté leyendo esa página de mi historia, hará una pausa, sonreirá y ofrecerá algunas preciosas palabras de Su corazón para el regalo.

Misión de Rescate en la Ciudad de Nueva York

Salí de Cooperstown y me dirigí a Nueva York. La segunda noche que estuve allí, me quedé en una de las misiones de rescate más antiguas y establecidas de nuestra nación. El personal sugirió que me convirtiera en una de las personas de la calle y lo experimentara de primera mano, así lo hice. Escuché un gran mensaje en la capilla antes de cenar y dirigirme a un área para dormir. Me quité la ropa, me duché, me dieron un pijama tipo hospital y mi ropa fue colocada en un sistema cerrado de casilleros que mató a los piojos. Durante toda la noche, escuché roncar, tirar pedos, estornudar, toser y reír a

hombres de todas las razas y etnias en mi habitación tipo cuartel. En su mayor parte, todos estaban extremadamente felices de tener una comida caliente y una cama en un lugar caliente en una fría noche de enero.

A la mañana siguiente, el personal nos despertó temprano, devolvió nuestra ropa sin piojos y nos dio de comer otra comida. Después del desayuno, seguí las masas hasta la salida. Mientras salía al frío, mi mente estaba llena de preguntas. Algo no se registró en mi nuevo corazón en Cristo. Sé que los pobres existieron en los días de Jesús y que a menudo lo buscaban para una comida, especialmente después de escuchar sobre el delicioso pescado y pan recién horneado que los cuatro y cinco mil disfrutaron, pero ¿cómo fue este sistema de rutina para alcanzar a los pobres y hambrientos alguna vez han venido?

En este punto, puede decir que no tengo ningún derecho o base para criticar algo que nunca he hecho. Como descubriré en algunas páginas, John y yo eventualmente caminaríamos por este camino. De ninguna manera estoy criticando cualquier ministerio cristiano, sino simplemente compartiendo lo que un creyente de ocho meses estaba discerniendo.

Una Divertida Historia de Nueva York

Una de las amigas de mi hermana, Jackie (no es su nombre real), se había convertido en una creyente y me ofreció comida y alojamiento mientras visitaba las misiones de rescate en la ciudad de Nueva York. Ella era una parte judía que me impresionó y tenía un amor especial por Jesús. Sabía que no debería quedarme en la casa de Jackie toda la noche ya que ella era soltera y no tenía compañeros de cuarto, así que después de compartir una maravillosa cena y muchas horas de conversaciones sobre Jesús, me retiré a mi automóvil. Era una camioneta con forma de caja y dos puertas con vidrio en todas partes, en caso de que nunca hubieras visto un Opel Kadett. El asiento trasero se guardó y tenía un hielera, comida, una pequeña cajonera para ropa y repuestos, y todas las herramientas que necesitaba para satisfacer la constante demanda de reparaciones.

Entonces, allí estaba yo, estacionado en la calle frente a su apartamento. Me metí en un saco de dormir y me cubrí con otro saco de dormir para mantener el calor a temperaturas bajo cero. Desde la calle, mi auto se parecía a la cámara acorazada de un cleptómano. En algún momento en las primeras horas de la mañana me desperté con un ruido justo afuera de mi automóvil. La cajonera estaba entre mí y la acera para que nadie pudiera verme desde ese lado

del automóvil. Mi corazón latía con fuerza mientras miraba alrededor la cajonera para ver el cuerpo de un hombre pegado al cristal. Estaba deslizando una herramienta en la puerta.

Oye, hombre, ¿qué estás haciendo? Ni siquiera había considerado cómo podría reaccionar.

Se detuvo, momentáneamente. Miró a su izquierda, y luego a su derecha, tratando de identificar la fuente de las palabras que acababa de escuchar. Incapaz de hacerlo, siguió donde lo había dejado.

"Oye, hombre, ¿qué estás haciendo?" Me coloqué así que mi cara estaba a unos centímetros del vidrio donde sus manos intentaban abrir la puerta frenéticamente.

Cuando finalmente se dio cuenta de que la voz venía del interior del automóvil, se inclinó y se encontró cara a cara con un hombre asustado pero enojado. Estoy seguro de que su ritmo cardíaco se correspondió instantáneamente con el mío cuando saltó por detrás casi 2 metros en un solo salto. Levantó las manos como si le estuviera apuntando con un arma. El blanco de sus ojos se saltó de su piel oscura.

"Lo siento, hombre. No sabía que estabas allí".

Todavía me pregunto si lamentaba haber intentado robarme, o lamentó haber elegido el auto equivocado. Ojalá se arrepintió y podemos reírnos juntos en el cielo por nuestro breve encuentro.

Una Tormenta de Nieve de Washington D.C.

Mi visita a Nueva York logró mucho. Había visto la forma en que dos de las misiones de rescate más antiguas y establecidas alcanzaron a aquellos que vivían en las calles. Establecí mi curso a Illinois para que visitara a John y su familia para poder hacer los últimos preparativos para conducir a Guatemala y comenzar nuestras vidas como misioneros.

Algunas donaciones habían llegado de familiares y amigos, pero se sentía como un esquema piramidal. Los que están más cerca de ti siempre se sienten obligados a comprar algo. Sabía que no habíamos recaudado lo suficiente para quedarnos en Guatemala por mucho tiempo, pero estaba listo para ir de todos modos. En mi camino a la casa de John, pensé que podría parar en la sede del Cuerpo de Paz D.C. para ver si uno de mis mejores amigas que había subido en las filas estaba allí.

Ella no estaba, pero antes de que pudiera irme, se produjo una gran tormenta de

nieve. La nieve caía a un ritmo de unos 5 centímetros por hora. Sabía que a mi carro no le iría bien en la nieve profunda, así que salí de la ciudad inmediatamente. La nieve tenía más de doce centímetros de profundidad cuando el Opel comenzó a escupir y chisporrotear. Apenas capaz de pasar a un lado de la interestatal, abrí la capucha, saqué mis herramientas y comencé a investigar. Aunque prácticamente no había tráfico, nadie se detuvo para ayudar. Incapaz de encontrar el problema, me di cuenta de que estaba varado. No teníamos teléfonos celulares en esos días y estaba a muchos kilómetros de la salida más cercana. No estaba seguro de qué hacer, así que volví a meterme dentro de mi auto / casa inmóvil, hice un sándwich de mantequilla de maní y jalea y me abrigué en uno de mis sacos de dormir.

Pasaron unas horas y la nieve se acercaba a medio metro. Traté de encender mi automóvil varias veces más, sin éxito. Varios remolques de aventureros semis-tractores se habían acercado demasiado para mi comodidad. Un quitanieves también había pasado y enterrado mi automóvil. A medida que el sol de la tarde comenzó a bajar, me pregunté si tenía la fe para dormir allí, sin saber si estaría jugando coches de choque con algún vehículo. Si voy a empezar a caminar, será mejor que lo haga. Me abrigué bien, crucé la mediana y comencé a caminar hacia D.C. No podía recordar qué tan lejos estaba la última salida, pero no importaría. Después de unos minutos, un alma valiente se detuvo y me ofreció un jalón. Él me dejó en la cabina telefónica más cercana.

La grúa que llamé me dejó en un estacionamiento de Walmart, que estaba ubicado frente al garaje de un mecánico. Para entonces, la oscuridad había comenzado y las temperaturas comenzaron a caer. Me metí en mis dos sacos de dormir en la parte de atrás de mi auto y estuve muy contento de estar fuera de la carretera interestatal, y fuera del peligro.

A la mañana siguiente, después de que se abriera el garaje, el mecánico le ofreció gratuitamente su diagnóstico y estaba seguro de que era solo un mal conjunto de cables de bujías. Probablemente echó un vistazo a mí y a mi coche golpeado y se dio cuenta de que no tenía mucho dinero. Encontré un juego en Walmart, reemplacé los viejos y, por supuesto, el viejo Opel ronroneó de nuevo. Le di las gracias al mecánico y me fui rodando por la carretera hacia Illinois con mi nueva fe reforzada por la provisión de Dios.

Nuestros Fondos de Misión Suplicados

Un día más tarde, encontré el camino a la casa de John. Aunque su madre y su padre no dijeron nada, estoy seguro de que estaban tan preocupados como mi familia sobre por qué

queríamos ser misioneros.

John me sorprendió cuando reveló que su abuelo le había dejado una cantidad sustancial de dinero cuando murió. Tan sustancial que la mitad del interés subsidiará lo que eventualmente se convertirá en un ministerio bastante grande en Guatemala. Me dolió que no me hubiera hablado de esto antes, pero por otro lado, tenía mucho para apoyarnos a los dos. Mirando hacia atrás, me siento honrado de haber sido testigo de la fe y la generosidad de John. Durante más de tres años, le dio la mitad de sus ingresos al Señor. ¡Qué ejemplo!

Paramos en la casa de mis padres en Missouri antes de dirigirnos a Guatemala. Enganchamos el Opel a la parte trasera de una camioneta Isuzu que John había comprado. Recogimos a un amigo que todavía estaba en el Cuerpo de Paz de vacaciones en Dallas, y nos fuimos a la aventura de nuestras vidas. No estábamos seguros de lo que nos esperaba, pero muchos misioneros nos habían contado sobre la corrupción, las condiciones peligrosas de la carretera y los encargados de la estación de servicio de gasolina que tratarían de robarnos. Antes de cruzar la frontera, oramos y le pedimos a Dios que nos ayudara y protegiera. Tomamos la decisión de no pagar sobornos.

No sabíamos que la ruta que elegimos era extremadamente montañosa. Simplemente elegimos la ruta más corta en el mapa. También nos llevó directamente a través de la segunda ciudad más grande del mundo y la capital de México: la Ciudad de México (a menudo conocida como D.F., que significa distrito federal). Estoy seguro de que éramos toda un vistazo. Tres gringos en el asiento delantero de una camioneta compacta remolcando una camioneta con forma de caja llena de manchas, oxidada, cargada con todo lo que pensamos que podríamos necesitar para establecer nuestras vidas.

Llevado a la Jefatura de Policía

Poco después del anochecer en nuestra segunda noche en México, nos detuvimos la policía cuando ingresamos a una pequeña ciudad. Nos dijeron que estábamos infringiendo la ley al remolcar un vehículo. Los oficiales claramente buscaban un soborno. No solo buscaban a los gringos, sino a cualquier persona con una matrícula de los EE. UU. Había oído hablar de mujeres siendo violadas y otros asesinados. Muchos

misioneros nos habían hablado de los sobornos que pagaban, pero en lo más profundo de mi corazón, sabía que Jesús resistiría esta injusticia, y también debemos hacerlo.

Debido a que no tuvieron éxito en la extracción de dólares de los Estados Unidos, nos llevaron a la estación de policía. Mi español era aceptable, pero no entendí todo lo que dijeron. La atmósfera era tensa, y todavía claramente querían dinero. Aunque no estaba completamente seguro de su interpretación de la ley de remolque, estaba casi seguro de que estaban mintiendo. Nuestro amigo del Cuerpo de Paz estaba en el automóvil orando fervientemente mientras John y yo seguíamos resistiendo los intentos de soborno. Eventualmente, John le preguntó a la policía si podíamos desenganchar el Opel y conducir por separado.

Debieron haber llegado a la conclusión de que no íbamos a ceder, así que nos permitieron salir. Desconectamos el Opel y nos alejamos en la oscuridad. Poco tiempo después, encontramos un hotel para pasar la noche y descansar nuestras emociones. A lo largo de los años, he sido amenazado muchas veces y de muchas maneras, incluso con armas de fuego e ir a la cárcel, por no pagar sobornos durante mis viajes misioneros. Pero en los más de diez viajes que he cruzado a México, y las más de cien veces que he sido detenido, nunca he pagado uno. El Señor no solo ha respaldado mi decisión, sino que también me ha mostrado cómo estar en mi camino casi a los pocos minutos de haber sido detenido.

Nos tomó cuatro días recorrer la ruta montañosa que habíamos elegido, pero lo logramos. El automóvil se llenó de alegría cuando vimos la frontera con Guatemala. Habíamos llegado a nuestro campo de misión y estábamos listos para predicar las buenas nuevas.

